



Editorial

Presentar *El Internista* es no sólo un gran gusto, sino un privilegio; me permitirá reflexionar sobre un evento que redime buena parte de los tiempos difíciles en que el devenir moderno ha puesto a nuestro ancestral oficio de ejercer la medicina, y mostrar la buena cara de la medicina mexicana.*

Este honor no obedece a mis méritos académicos sino a la buena amistad que me une a los autores, aun así, y con excusable autocomplacencia lo comentaré como si tuviese autoridad para ello.

El Internista resume, en tres tomos y casi dos mil páginas, el saber y talento de la escuela médica mexicana. Esta obra, que pareciera audaz y hasta repetitiva de esfuerzos similares allende nuestras fronteras, es audaz pero no repetitiva, y sí original y de gran valor en varios ámbitos: el científico, el social y el deontológico.

Porque resume la experiencia y los talentos, invaluable ambos, de 281 especialistas de gran prestigio. Sólo contar el número de autores fue dilatado y sorprendente: ¿cómo hicieron los editores para convocar semejante número de expertos? Yo, que soy experto en convocar, si pretendo a 281 puedo anticipar que se reunirán 25. Quizá porque es una empresa en la que todos hubiéramos querido participar pero sólo 281 fueron ungidos, o porque los nombres Ramiro, Lifshitz, Halabe y Frati son sinónimo de calidad y prestancia académica, y sólo requieren llamarnos para sentirnos comprometidos, ambas explican este grandioso éxito editorial.

¿Para qué *El Internista* si ya tenemos el *Harrison* o el *Cecil*? La respuesta, no obvia pero contundente para cualquier médico en América Latina, es que la medicina al norte de nuestras fronteras y en América Latina no es la misma, y más importantes que la medicina, la enfermedad y los enfermos en México y América Latina tienen sus peculiaridades; de hecho, en un duelo de conceptos, la nuestra es más amplia e igual de trascendente: porque tenemos más enfermos y, sobre todo, porque padecemos y conocemos todas sus enfermedades mientras ellos no padecen ni conocen muchas de las que, por desgracia, padecemos. La medicina en México es más compleja porque sufrimos los

padecimientos del mundo industrializado y, a la vez, los del subdesarrollo, que arrastramos ancestralmente y aún no erradicamos. Grave paradoja que en un país con grandes limitaciones económicas los problemas de salud sean más vastos y complejos que en países con afluencia financiera, lo cual complica más la tarea de atenderlos y resolverlos con recursos económicos siempre insuficientes. Esto último, de suyo da validez a este esfuerzo editorial, que refleja cabalmente la realidad de la salud en México, ausente en textos editados por médicos que enfrentan una distinta circunstancia sociocultural, racial, geográfica y ecológica. Estas dos razones son respuesta válida y razón para aplaudir el esfuerzo intelectual, nacido en lengua castellana y en el centro geográfico de una realidad epidemiológica propia de un área del mundo con más de 500 millones de habitantes, que no comparte ni la frecuencia ni las características clínicas de otras latitudes y que se expresan en incontables enfermedades descritas cuidadosamente en *El Internista*, bajo conceptos diferentes que sólo son realidad científica en otras latitudes, como evidencia cualquier descripción epidemiológica de casi todos los padecimientos infecciosos, congénitos, metabólicos, degenerativos y proliferativos. En mi oficio, no es lo mismo la migraña, la epilepsia, las esclerosis múltiple y lateral amiotrófica, la enfermedad vascular cerebral, el Alzheimer y la depresión en nuestro entorno, que las mismas en otros países de donde surge la mayoría de descripciones clínicas y terapéuticas clásicas. La buena medicina mexicana debe considerar estas diferencias, que son matizadas y modificadas sustancialmente por contrastes socioculturales, genéticos, nutricionales, económicos y ambientales. Sólo por esto, bienvenido *El Internista* y enhorabuena por sus múltiples aportaciones.

Una sociedad que se sienta cómodamente a esperar que el progreso de la ciencia ocurra en otras latitudes, con la idea de que el beneficio llegará sin mucho desgaste, comete dos pecados: *primero*, priva al resto del género humano del beneficio del propio talento, y *segundo*, y más lamentable, cultiva para sí misma y los demás un crónico estatus de minusvalía y un acendrado sentimiento de admiración a lo que viene de fuera, menos la participación de casa. Buena parte de los problemas en México se debe a actitudes similares en muchos ámbitos. La creatividad e inteligencia se reparten en todos los grupos humanos con similar proporción, la diferencia estriba básicamente en la actitud y certeza, cultivada por generaciones, de que todos y en todos lados

* Comentarios durante la presentación del libro, el jueves 17 de abril de 2008.

debemos aportar nuestras capacidades para el bien común. *El Internista* no es una adaptación mexicana de textos similares, es una sólida contribución experimentada e inteligente al ejercicio de la medicina y aplicable en amplias regiones de nuestro continente.

Si no vivimos la revolución de la información cultural, y su difusión, más profunda en toda la historia, sí la más importante de los últimos 500 años, luego de la protagonizada por Gutenberg.

Ya no sorprende que las 2,000 páginas de *El Internista*, con sus 6.5 kilogramos de papel de primera calidad, en donde se resume, en términos mexicanos, la actualidad de la ciencia médica, pudieran caber (como de hecho sucede) en la cuarta parte de un pequeño chip con dos gigabites de capacidad; esta notable obra puede ser contenida en un espacio virtual del tamaño de un grano de arroz. La realidad tecnológica ya no impresiona a nadie en estos días, quizá hace diez años pero no hoy, ni siquiera a mis hijos que, como todo niño, son naturalmente impresionables, más bien los pone a bostezar. Sólo para ser original, ponderaré estos libros físicos, estos 6.5 kilogramos de papel, no los cinco gramos de un microchip, y lo que para mí, como todo buen libro, representan. Seguramente fuera de moda, erijo aquí un panegírico, con buenas razones sentimentales, a un buen libro de papel en la más añeja tradición, como diría William Gass: “los libros son perdurables placeres de papel, letras y tinta”. Para mí estos libros no tienen sustituto, tocar, sentir, ver, regresar, resaltar, percibir lo tangible, no virtual, la idea tras del escrito, cargarlo cariñosamente con cierta reverencia, como quien humildemente sabe que aquel cuerpo iniciará la mágica transmisión del conocimiento. Del contacto sensual y sensorial entre libro y lector, el primero se enriquecerá porque tuvo otra oportunidad y el segundo será más sabio porque aprendió lo que no sabía, nutrió su mente, adquirió la capacidad de hacer mejor lo que hace, porque el lenguaje escrito es la forma más humana de transformarnos en mejores, porque un libro se queda para siempre y desplaza tanta palabrería vana de nuestras vidas. Honor al viejo adagio castellano: “haz que para contigo resulten, en su terreno, de cada libro un buen amigo y de cada amigo un libro bueno”.

Exalto la permanencia insustituible del libro como tal, no el virtual en el espacio cibernético, que es irremplazable, participa con histórica fidelidad y presencia material en el siempre amable momento de la lectura.

Los tres tomos de *El Internista* deben estar cerca, muy cerca, de los médicos mexicanos y, quizá, de los latinoamericanos.

Hoy es inevitable la reflexión sobre dónde es mejor aprender medicina: en los libros, cuya vigencia disminuye al paso de los años, o en las revistas, que gracias a internet nos informan con gran oportunidad de lo que ocurre hoy en la ciencia médica.

Unos y otras tienen incontables defensores y detractores, pero el estudiante y residente actuales, pragmáticos como son, requieren respuestas contundentes y no disgregaciones teleológicas. Mi respuesta, con los riesgos teóricos que implica dar consejos sin que a uno se los pidan, es que en ambos: libros y revistas se complementan y ninguno es prescindible. Los primeros contienen información científica validada y confirmada en la experiencia mediante el arduo y largo proceso de consolidación del conocimiento, y los artículos científicos, por definición, son puntuales, monotemáticos y guiados por una hipótesis que puede o no ser validada. Hoy se publican, sólo en revistas indexadas, 700,000 artículos originales de ciencia médica al año, a cinco páginas por artículo, son 3.5 millones de páginas, es decir, 1 250 veces los tres tomos de *El Internista*. Si no queremos acabar como Alonso Quijano y sus libros de caballería, leyendo lo que produce la ciencia médica y la investigación actuales, tendremos que diseñar un método para mantener la cordura científica y al mismo tiempo estar actualizados. Sugiero a los estudiantes y residentes que invariablemente maten y pulan su aprendizaje con la lectura, acompañada de perspicacia crítica y algo de escepticismo para los más recientes artículos de la ciencia médica, accesibles cada vez con más puntualidad y abundancia en internet. Casi todo el contenido de un libro tradicional es sabio y decantado, aunque no erudito, y requiere de las revistas científicas para su actualización. Los libros y la información cibernética son complementarios, como en las letras de nuestro código genético: uno es guanina y otro citosina. Admiro a internet y la uso con frecuencia, pero prefiero los libros.

Por último, y no obstante mi habitual postura crítica hacia la Industria Farmacéutica, celebro la estupenda y generosa idea de la casa Bayer de patrocinar esta obra y cobijar semejante esfuerzo editorial. Incontables médicos y muchos más enfermos lo agradecerán, aunque no se note en sus activos. Felicidades a los autores y a los patrocinadores.

Dr. Julio Sotelo

Titular de la Comisión Coordinadora de Institutos Nacionales de Salud y Hospitales de Alta Especialidad